

LA FRONTERA

SABIA que ella, al otro lado de la Frontera, le esperaba. Había sentido sus pensamientos materializarse en una llamada, una angustiada llamada a la que, a pesar de sus esfuerzos, no podía responder. La Prohibición pesaba con la implacable firmeza de lo que no puede ser de otra forma, y la conciencia de que aquélla sería siempre así fue doblegando poco a poco su rebeldía.

No quería separarse de ella; por eso se resistió a cruzar la Frontera, luchó hasta que las fuerzas le faltaron, y sólo cuando sintió que no podía pronunciar su nombre se abandonó y se dejó llevar. Después ocurrió algo que no conseguía recordar y por fin se encontró allí. Sabía que no podía haber transcurrido mucho tiempo, pero de forma inexplicable todo le parecía tremendamente alejado, como si se hubiese desplazado a una velocidad increíble. La única sensación de que tenía conciencia clara era una especie de vacío doloroso, como si le hubiesen arrancado algo; todo lo demás era confuso. Percibía voces mezcladas, música y llantos, aromas indefinidos que se expandían en oleadas y colores que se fundían en negro. En el horizonte fue surgiendo gradualmente una luz, un punto brillante cuyos rayos se alargaban hasta abrazarle, hasta que él mismo se sintió confundirse con la luz. Entonces se hizo la calma, las cosas volvieron a su cauce y cuando volvió a ver, todo era como antes, aunque hubiera sido incapaz de precisar de qué antes se trataba, porque había perdido por completo la noción de la sucesión temporal. Todo se unía en un presente infinitamente dilatado donde cada detalle, por ni-



mio que fuese, ocupaba un lugar destacado. Era como si el orden de valores se hubiese invertido; lo que al otro lado de la Frontera se consideraba secundario o pasaba desapercibido, aparecía ahora iluminado por una luz nueva, como si el subconsciente en ebullición hubiese arrojado el lastre celosamente guardado a un primer plano distorsionado por aquella luz que conmocionaba hasta las raíces su alma, recién nacida a un nuevo modo de sentir.

Volvió a vivir aquellos sueños inocentemente monstruosos que rasgaban sus noches infantiles; y las fantasías que revoloteaban en torno a sus libros de adolescente. Y sintió la desesperación de no encontrar a Isabel entre sus brazos. Inefablemente nítidas, sus siluetas anudadas se adentraban en un mar de fuego que se extendía hasta el horizonte. Quiso abrazarla y la Prohibición levantó una muralla ante sus manos. Quiso hablar, responder a su llamada, y la Prohibición aferró su lengua. Y odió la Prohibición y la Frontera, y entonces fue él quien llamó a Isabel con un grito preñado de aristas negras. Y dos lágrimas de fuego se congelaron en sus ojos sin fondo.

Transcurrió un instante infinitamente repetido y el aroma de las rosas marchitas comenzó a desvanecerse.

(Isabel era apenas un suspiro silencioso, una palabra sin voz; un peregrino que no acaba de llegar al Santuario. Buscaba la Frontera y no hallaba el camino. Pidió ayuda a las aves de la noche y de las nubes descendió una caricia compasiva).

Los dioses del Día y de la Noche se reunieron en Concilio. Los guardianes de la Frontera se inclinaron respetuosos y en señal de sumisión se hizo el silencio: sólo se escuchaba el latir de una estrella recién nacida. Murieron millones de segundos en una espera temblorosa, y por una sola vez desde que brilló la primera estrella, se pronunció la Palabra capaz de atar las manos a la Prohibición. Un eco de asombrado gozo resonó en todas las gargantas, y una especie de fascinación se desprendió en destellos de las puertas abiertas de la Frontera.

Un largo pasillo empedrado de esperanzas se abrió ante él. Al fondo brillaba Isabel, expectante, trémula como una flor recién cortada. La llamó y su voz, rebotando en las esquinas, pobló el infinito de una sola inquietud. Se detuvo el correr del tiempo y una floración roja embelleció la noche cristalina. Un hálito gozoso se desprendió de las estrellas; las puertas de la Frontera se cerraron tras ellos, y el Universo entero quedó en silencio.

